

Malos días

Antonia Bueno

Un hombre de edad indefinida se dirige al auditorio. Su aspecto es cansado, diríase de un cansancio milenario. Pero en el fondo de sus ojos, si uno observa con detenimiento, puede distinguirse una chispa de esperanza que, tercamente, pugna por afirmarse.

Malos días, señoras y señores... muy malos días.

Me gustaría que mi saludo fuera otro bien distinto. Pero, desgraciadamente, las cosas son así, no podemos negar lo ineludible.

Escúchenme bien. Quizás aún no esté todo perdido, tal vez podamos llegar a tiempo, a lo mejor todavía podemos detener la atrocidad, aplazar lo inevitable... En su mano está. De ustedes depende.

¡No, por Dios, no se vayan! No me tomen por un agorero, uno de esos apocalípticos de pacotilla que proclaman a voces un fin del mundo que nunca se cumple. No, señoras y señores. Yo no soy orador de vocación. No he venido a ustedes en busca de escándalo. Nunca he pretendido cobrar un protagonismo que no me corresponde. Me repugnaría actuar como un sacamuelas de esta feria mediática... Pero las circunstancias me empujan, aún a mi pesar, a dirigirme a ustedes.

Lo que les digo... lo que les anuncio... no es a gritos, es en un sollozo agrio que me traba la voz y me nubla los ojos. Estas lágrimas apenas me dejan ver sus rostros burlones, confiados... ¿O es lluvia?...

Pero, a pesar de todo, debo hablar.

Nos lo advierten los libros sagrados, todas y cada una de las mitologías nos previenen contra el pecado de soberbia. Lo escribió Nostradamus, lo profetizó Malaquías, lo reveló Juan... Hasta Bakunin lo dijo: «El poder corrompe»... Y nosotros, señoras y señores, como ustedes bien saben, hemos alcanzado un alto estado de putrefacción. Nos hemos vuelto insaciables y el propio gusano de la soberbia ha acabado adueñándose de nuestros cuerpos y nuestras almas.

¡Pero, aún podemos resistir!... ¿O creen ustedes que ésta es una obcecación más de nuestra prepotencia?... ¿que ya está todo perdido y no hay vuelta atrás?...

Señoras y señores: ¡No arrojemos la toalla! ¡Envenenemos al gusano insaciable que nos devora las vísceras! ¡Unas gotas de amor y unas migajas de ternura serán suficientes!... No, no me miren así... Ríanse, sí, ríanse si quieren. Búrlense de mí... pero no me dejen a solas con estas palabras que brotan a

borbotones incontenibles de mi garganta. Tengan piedad de mí. ¿Acaso olvidaron qué es la piedad?... ¿Quién de ustedes no atesora unas briznas de dulzura adormecidas en el fondo de sus entrañas?...

Lo que tengo que decirles es terrible... Pero en su mano está que aún podemos evitarlo. Están en juego nuestras vidas, las suyas, las de sus hijos y sus descendientes...

¿De qué les hablo?... Lo saben muy bien. Les hablo de la guerra entre el pitón y el escorpión... de Gogy Magog... del cowboy yankee y el tirano árabe... de su enfrentamiento atroz... Disuadámosles. Amordacémoslos si es preciso. Atemos sus manos. Cercenemos sus piernas. Ceguemos sus ojos... Pero no permanezcamos inermes ante la hecatombe que se anuncia.

¿Ven?... Las lágrimas me impiden continuar... Estas lágrimas saladas... estas lágrimas ácidas que brotan de todas las compuertas de los cielos, abiertos de par en par para anegarnos con su llanto cósmico... El cosmos entero, con sus miradas de estrellas, planetas, cometas, galaxias... llora por nosotros, ridículos pigmeos engullidos por nuestra propia codicia...

Malos días, señoras y señores... muy malos días... aquellos en los que aún era posible detener la barbarie... Ahora ya es tarde.

En aquellos días aún quedaba una brizna de esperanza... una chispa de luz que continuaría alumbrando nuestro futuro... si ya no fuera demasiado tarde... si ustedes no se hubieran ido... si aún continuaran ahí escuchándome... si yo estuviera aquí, ante ustedes, y aún tuviera voz... Si mis ojos aún pudieran derramar lágrimas... Si aún tuviera ojos... Ojos con los que contemplé la llegada del fin del Tiempo... y luego se cerraron para siempre...

Ahora no soy más que un ojo ciego, una boca sin lengua, un brazo manco, un cuerpo degollado... Ya no soy... Ya es tarde... Los malos días pasaron... Ya ni siquiera son malos... ni siquiera hay días para esperar el futuro... Ya no hay futuro.

Señoras y señores... ustedes pudieron detener la barbarie, retener el futuro... Pero en aquellos malos días ustedes no quisieron oír, no quisieron saber, se negaron a estar aquí para escucharme... para frenar los horriblos caballos del Apocalipsis...